LAT 788 95118
INFOBILA

Las Bibliotecas: Presente y Futuro*

Pablo A. Vanscoit Martínez y Héctor Palacios

Para los bibliotecarios del mundo, sus bibliotecas pueden significar todas estas cosas: fuentes exhaustivas de información y conocimiento, lugares de diversión (espectáculos libres para niños, videos, juegos, etc.), centros de información sobre corridas de ferrocarril (en la Biblioteca Británica todavía se depositan todos los horarios de las corridas de los trenes ingleses), y de servicio social (folletos sobre el sida, consejos de salud, rincones cálidos para vagabundos) y, sobre todo, lugares mágicos donde los niños descubren la lectura y el erudito asiduo puede encontrar la verdad que ha buscado toda su vida.

Ellos pugnan por realizar todas estas actividades, con presupuestos que han sido reducidos a lo largo de los decenios (particularmente en Gran Bretaña y América entre 1970 y 1980). Entre tanto, frecuentemente los edificios donde trabajan se deterioran; los libros se desintegran y, lo peor de todo, una marea tumultuosa de información amenaza con arrollarlo todo, incluyendo la laboriosidad de los bibliotecarios, sus catálogos, archivos y libros, a menos de que puedan canalizarlos de algún modo y controlarlos. El impulso para construir mejores y mayores depósitos de libros —en sí mismos los depositarios de la cultura y memoria nacional, así como legados a la reserva del conocimiento mundial— parece ser tan fuerte como siempre. Sin embargo, con cada año que pasa, la tarea de sostener una biblioteca se hace más difícil.

Las bibliotecas tienen un doble propósito: la conservación de la sapiencia acumulada del pasado y la reunión de información del presente. Ambas tareas interminables. Las autoridades en Rusia, China y el Tercer Mundo son con frecuencia culpables de casi toda la negligencia criminal cometida en las bibliotecas. Historias de horror en tales zonas asustan a las cuidadosas bibliotecas de Occidente. Aún en éstas existen también millares de libros en estado de deterioro tan avanzado, que cuando los tocan se convierten en polvo.

Alrededor del 40 por ciento de los libros de la mayor colección de investigación en Estados Unidos resultan demasiado frágiles para ser manejados. En la Biblioteca Nacional de París, más de 600 mil libros requieren tratamiento inmediato. La Biblioteca Británica tiene una acumulación de un millón 600 mil casos urgentes.

Como una alternativa, la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Pública de Nueva York han lanzado campañas para recabar fondos en el Congreso, fundaciones y universidades, para crear una enorme biblioteca centralizada de libros y periódicos sobre micropelícula (*microfilm*). Nadie sabe cuánto tiempo se conservarán estos materiales; los optimistas esperan que puedan permanecer en buenas condiciones alrededor de 200 años, y antes los preservacionistas puedan transferirlos a otro medio, como los discos ópticos. ¿Pero todo tipo de información tiene que ser guardada a como dé lugar? En esto yace otro problema.

Por encima y sobre los demás trabajos requeridos al bibliotecario moderno, ha sido agregada la depresiva ciencia de la "bibliometría": el arte de adivinar las necesidades de la biblioteca en lo referente a espacio de estantería y presupuesto en los años venideros.

En la mayoría de las grandes bibliotecas, los libros y periódicos entran como diluvio. "Esa horrible masa de libros que aumenta diariamente", como describió Leibniz. La carencia de lugares donde ponerlos, así como la necesidad de unir coleccio-

nes bajo un solo techo, en vez de dejarlas en cualquier depósito alrededor de la ciudad, inspiró dos grandes proyectos de bibliotecas de la era: la nueva Biblioteca Nacional en París y la nueva Biblioteca Británica en Londres. Sus dimensiones son gigantescas. En una escala menor, esto también forzó a la Biblioteca Pública de Nueva York a excavar en su jardín posterior y al Vaticano a hacer lo mismo en su basamento, para construir nuevas pilas.

Las bibliotecas, por su naturaleza, suelen ser exhaustivas. Además, no hay conocimiento sobre lo que más tarde podría ser de utilidad para los eruditos. La peor novela puede ser de enorme valor para el historiador social del próximo siglo.

Con un pequeño atentado contra su montaña de información, la Biblioteca Británica está a punto de solucionar sus problemas. Tramitó una ley de depósito en almacén de datos usando técnicas electrónicas: discos ópticos, discos de láser, discos compactos y todos los artefactos de la era moderna. La nueva Biblioteca Nacional en París también quiere abastecerse con algo de este material, aunque no lo retendrá y, probablemente, no cabildeará para una ley de depósito electrónico.

¿Por qué se desea el uso de medios electrónicos? Porque como la Biblioteca Británica ha experimentado, su *Estudio Ordnance* continuamente está fechando mapas por computadora, y el nuevo *Diccionario Inglés de Oxford* va a ser revisado solamente sobre discos de computadora. Cada vez más eruditos e investigadores se comunicarán directamente por pantalla, eliminando meses de espera para que sus papeles sean publicados a la vieja usanza. En los campos de conocimiento con cambios más rápidos, como la biotecnología, es probable que resulte innecesario publicar libros. El pequeño círculo de los que necesitan saber sobre el tema se sentará en sus pantallas para comunicarse; será parte de la élite informativa de la sociedad. En suma, si las bibliotecas afirman que contemplan todas las fuentes de información, deberán entonces poner rápidamente sus manos sobre lo que sucede en el mundo de las computadoras.

Hasta ahora, la mayoría de las bibliotecas no saben dónde comenzar con la inundación de los trabajos de electrónica. La mayoría se ha metido, por mientras, con todo tipo de objetos, a excepción de libros: carteles, grabaciones, cintas, libros para sordos. La Biblioteca Pública de Nueva York tenía más de 400 mil videocartuchos, cuya circulación comenzó en 1988, y tiene planes de agregar varios millares más "para educar, iluminar y entretener a gente de todas las edades". Citicorp ya patrocina un programa y una exposición llamada "Más allá del libro", mismos que fueron ramificados a todas las bibliotecas de la Urbe de Hierro. Los donantes tradicionales de libros comienzan a entregar videos, *software* y computadoras. En las bibliotecas públicas de Gran Bretaña, la existencia de juegos de computadoras fue por encima del 78 por ciento entre 1980 y 1987; la compra de libros cayó en un 9 por ciento.

Las demandas del lector de cosas para leer o mirar sobre la pantalla aumentan todo el tiempo, pero los bibliotecarios todavía no se acostumbran a la moda. Su mundo continúa siendo el del libro; ellos indican, apropiadamente, que mucho del material de video está allí para tentar a los niños y adolescentes a asistir a la biblioteca; para ser "un puente hacia los libros", como dicen en la Biblioteca Pública de Nueva York. Es difícil aceptar la idea de un trabajo serio disponible en discos ópticos para ser leídos con atención por la gente en las pantallas de su hogar, sin necesidad de ir a la biblioteca. Los bibliotecarios dejan que las computadoras hagan el trabajo arduo de controlar las existencias, esto no les ha permitido a las máquinas llegar a ser la esencia de la biblioteca misma. Ese tiempo está por llegar.

Las computadoras se han incorporado gradualmente a las bibliotecas, y con gran efecto, para ayudar con las imponentes tareas de catalogo y búsqueda de información. El catálogo de conocimientos es la función básica de una biblioteca. No es accidental que las grandes bibliotecas llegaran a serlo con el crecimiento de los enciclopedistas y los clasificadores por naturaleza, Voltaire y Linneo. Ya en el siglo XVIII, los hombres sintieron que el desarrollo ordenado del conocimiento se frustraba por la profusión desordenada de reservas. Los cientificistas esperaban la elaboración de un catálogo universal de conocimientos arreglado por temas, disponible a todos los hombres para que levantaran por sí mismos la escalera de la educación; aún entonces existía la idea de que la sociedad se dividía en los que sabían y los que no. Cuando Panizzi introdujo en el Museo Británico su *Catálogo general*, con base en autores y títulos, más que en la clasificación, desató una tormenta crítica entre radicales y universalistas. El sistema Dewey de catalogación decimal —inventado por el hermano del filósofo Thomas Dewey—, fue introducido en la Biblioteca del Congreso como un mejoramiento concienzudo del sistema Panizzi; volvió a la idea del conocimiento como un gran árbol de infinitas ramas de clasificación. La idea todavía esconde, en la mayoría de las bibliotecas de catálogo universal, un crecimiento interminable como conocimiento en sí mismo.

Una lista de computadora puede ser multidimensional, poniendo un libro al lado de un sinfín de otros en interminables conexiones y clasificaciones. Aquélla puede brincar sobre el bosque de conocimientos igual que el cerebro humano, pero en multiplicación infinita. Una lista de computadora también puede ser interminable, puede actualizarse paulatinamente, y ser consultada en cuestión de segundos.

La actual maravilla electrónica en las bibliotecas británicas es el *Pequeño Catálogo de Títulos del Siglo xviii*, establecido sobre una base de datos de una computadora central en Harlow. Los eruditos pueden llamar un archivo con la descripción y localización de 190 mil libros, folletos de mano y hasta anuncios de curación de erupciones; pueden soñar en cualquier combinación de categorías que les guste (pedir todas las referencias al nombre "Phyllis" con los boletos de mano de seis *penies* jamaiquinos) y la computadora los busca. La base de datos es alimentada no sólo por otras bibliotecas británicas, sino por una larga línea establecida desde Stanford, California, con todo el interés puesto en las bibliotecas de América del Norte. En Hong Kong se está intentando crear un catálogo más ambicioso. La Universidad China, desde 1983, alimenta una computadora con datos sobre 6 mil medicinas chinas; éstas han sido ahora traducidas a un código de palabras en inglés y, con la ayuda de IBM, se cruzaron referencias con bases de datos existentes sobre las medicinas de Occidente. Usando cualquier catálogo, un hombre bien podría creer que está entrando a la red universal del conocimiento con sólo presionar una tecla.

Otros catálogos avanzan lentamente. La Biblioteca Británica ya se comprometió para poner en disco el catálogo entero de las publicaciones británicas editadas desde 1950.

En París, la nueva Biblioteca Nacional será el centro de una red de investigación que vinculará todas las bibliotecas de las universidades francesas con un sencillo catálogo electrónico; en el futuro, este sistema se enganchará con otros sistemas de bibliotecas europeas. En la Biblioteca Pública de Nueva York, el catálogo de tarjetas de cartoncillo se cerró en 1972, y todos los materiales recibidos desde entonces se catalogan por computadora. Con el tiempo, todas las grandes redes bibliográficas americanas esperan vincular sus sistemas, para que cada persona sentada ante una pantalla tenga acceso a ellas.

Una vez que las computadoras se instalan, equipadas con discos que pueden retener hasta 10 mil páginas de texto a la vez, se necesita una pequeña operación para que los libros mismos estén disponibles en la pantalla. Colectar y clasificar el conocimiento siempre ha sido costoso, tanto que en el pasado las bibliotecas no podían establecerse sin un patronato. Ahora, el financiamiento de las grandes bibliotecas son excepciones. Sobre todo es un asunto de gobiernos, quienes deben hacer malabares con el dinero entre partidas para el transporte, armamentos y otras áreas, y todos aquellos sectores que no hablan el lenguaje de los bibliotecarios.

Las bibliotecas modernas son excesivamente caras. La nueva Biblioteca Británica, en Londres, que debe haber sido terminada en 1996, pero abrió una parte desde 1993, tiene ya 10 millones de dólares en números rojos sobre un presupuesto enmendado de más de 400 millones, simplemente para el edificio y su equipo. La asistencia actual del gobierno inglés es de alrededor de 54 millones de libras (84 millones de dólares) por año; ahora está pidiendo 30 millones de libras extras (47 millones de dólares) anuales para cubrir el costo de instalación de las computadoras y mover los libros desde la ciudad de Bloomsbury. El costo de la nueva Biblioteca Nacional de París fluctúa entre 5 y 7 billones de francos; el de la nueva biblioteca en Alejandría, un proyecto articulado entre el gobierno Egipcio y la Unesco, es de otros 160 millones de francos. Éstos son los proyectos gigantes, pero simplemente los costos corrientes anuales asustan.

Mientras los bibliotecarios mantienen una reputación de criaturas de otro mundo viviendo para sus libros, las finanzas de las bibliotecas poseen una naturaleza ligeramente desorganizada. Aquí viene un dilema particular: tanto las grandes bibliotecas nacionales como las bibliotecas públicas establecidas en el último siglo, están ideadas para brindar un servicio esencialmente gratuito. La "República de las Letras", para la que todas las bibliotecas son templos en algún grado, es una república en la que todos los hombres son presuntos ciudadanos, tengan o no dinero en sus bolsillos. Esta idea viene desde los días en que los bibliotecarios eran todavía los guardianes del templo y no hacían mucho por el lector, excepto traerle un libro. Sin embargo, desde la década de los sesenta, las bibliotecas han mostrado mayor interés en sus usuarios. Los bibliotecarios los llaman "clientes" y cada vez hacen nuevas cosas por ellos; están listos para traer grabaciones de música *pop* y juegos de video. En los demás asuntos de la vida, los clientes son gente que suelen pagar por el servicio que obtienen. ¿Debe haber alguna diferencia con las bibliotecas?

Los bibliotecarios insisten: el principio del acceso libre es sagrado. Sin embargo, la Biblioteca Pública de Nueva York está pensando en el cobro a los lectores por la búsqueda en computadoras; la Biblioteca del Congreso considera cobrar por los resúmenes técnicos y legales solicitados por negocios, ingenieros y abogados; la Biblioteca Británica está comprometida a aumentar su renta por servicios de información en un 40 por ciento en cinco años; el Centro Abastecedor de Documentos en Boston, proveedora principalmente de asesorías técnicas y de negocios, gana ya 15.8 millones de dólares de renta bruta por año. Estas ideas "financieras" no dejan de aterrorizar a algunos bibliotecarios. La pregunta que surge, cuando al parecer todo se ha dicho, es ¿qué espera la gente, en el amanecer del siglo XXI, de una biblioteca? El fin no es construir una colección comprensible, sino proveer un acceso comprensible al conocimiento junto con la rápida entrega de información

La función más importante de las bibliotecas en el futuro puede no ser la de proveer, sino la de seleccionar; no tratar de reunir todo, una tarea estéril, en cualquier caso, sino de seleccionar los artículos verdaderamente valiosos para el hombre, ya sean libros, discos, cintas o pergaminos, de entre aquéllos que son innecesarios.

Para algunos, esto les sonará a censura; a otros, les sugerirá el regreso a los días del "alto sacerdocio" del conocimiento distribuido desganadamente por los pocos para los muchos. Lo que es "de valor" para los eruditos puede no tener ningún valor inmediato para el hombre de la calle. Aquí nuevamente las computadoras ayudan: cada vez se proveerá más información "diáfana" por servicio telefónico, nuevos servicios automatizados o por almacenes totalmente automatizados de láminas elaboradas; las bibliotecas se dedicarán exclusivamente a desarrollar su función primaria: la exhibición y provisión de conocimiento.

Por encima de todos sus problemas de dinero y tecnología, la mística de las bibliotecas permanece valorada. Los griegos las vieron como hospitales para la mente, lugares para restaurar el alma con viejas o nuevas ideas. En la historia de Occidente también han sido lugares donde los hombres pueden deslizarse desde la estrechez del momento actual o del pensamiento localista, encontrándose a sí mismos en otros revigorizantes mundos. La oportunidad de la diversidad, de vagabundear y acceder a pensamientos multilaterales, es la gran delicia y encanto de las bibliotecas.

En las mentes de sus constructores y patrocinadores, las bibliotecas están lejos de ser sitios polvorientos u ocultos; ellos viven orgánicamente el conocimiento con el cual crecieron. El arquitecto de la Biblioteca Británica, criticado ampliamente por no entender lo que son las bibliotecas, compara su trabajo con la creación de una catedral medieval, cuya edificación durará más allá del tiempo de vida de su constructor, o con el de una ciudad que nunca será "terminada" del todo: "No un edificio, tanto como una criatura viva". En el mundo moderno, al parecer, las redes automatizadas del conocimiento contienen ese principio edificador que enriquece las posibilidades culturales de la humanidad.

***Las ideas principales del presente ensayo están basadas en el artículo "Las arcas del diluvio", publicado en diciembre de 1989 en las páginas de** *The Economist*.